

Los Santos protectores

La intercesión de la Virgen María fue una constante en el imaginario cristiano, que pasó a ser tenida como intermediaria misericordiosa ante Dios o, más frecuentemente, ante Jesucristo, y por ser su madre, tiene una jerarquía superior al resto de santos¹, que desempeñaban un papel secundario. Estos santos “secundarios” recibieron el nombre de santos auxiliares, del latín *auxilium*, socorro. Se trataba, al principio, de un grupo de catorce santos intercesores, reputados por ser particularmente eficaces para responder a las invocaciones que les dirigían los creyentes. Pero cada uno de ellos tenía una función específica, una especialidad, pues normalmente habían sufrido de aquel mal en vida, o de una situación particular.

Aparte de estos catorce santos, muchos de ellos martirizados durante las persecuciones a que fueron sometidos los cristianos por el emperador Diocleciano, también existía otro buen número de ellos, conocidos como santos taumaturgos² o protectores de la salud, capaces de interceder ante la divinidad para preservar o curar directamente diversos tipos de enfermedades, de las cuales también eran especialistas.

Los santos cuya especialidad principal era curar la peste o preservar al pueblo de su contagio, “*depulsores pestilacis*” y los que más devoción encontraron entre los creyentes fueron San Sebastián y San Roque, y en menor medida San Cristóbal de Licia (s. I), San Jorge (s. III-IV), San Gil o San Egidio (s. VI-VII) y Santa Rosalía de Palermo (1130-1156). Durante siglos, las invocaciones a los dos primeros santos fueron valoradas como la única posibilidad de sobrevivir a la enfermedad, enviada por Dios como justo castigo a los pecados del hombre.

San Sebastián es un santo mártir romano, que habría sido muerto durante las persecuciones del emperador Diocleciano a principios del siglo IV. Se le representa a menudo atado a un poste y su cuerpo atravesado por flechas³. Existen pocos datos fiables de su vida y fue evocado por primera vez por de Ambrosio de Milán, obispo de Milán, muerto en el año 397.

Parece ser que la devoción por San Sebastián proviene de un milagro ocurrido en Pavia (Italia) en el siglo V, cuando la ciudad estaba afectada por una violenta epidemia de peste, la cual cesó en el momento en que se erigió un voto en honor al santo en la iglesia de *San Pietro in Vincoli* de Roma. La crónica de Paulus Diaconus relataba que esta ciudad fue salvada de una peste devastadora hacia el año 680 gracias también a la intercesión de este santo. Sebastián es uno de los santos militares mártires de las primeras iglesias cristianas, cuyo culto no culminó hasta finales de la Edad Media, entre los siglos XIV-XV. Su iconografía es extensísima y fue motivo de inspiración para grandes artistas, entre los cuales cabe citar a Bellini, Botticelli, Mantegna, Rafael, Tiziano o El Greco.

San Roque tendría su origen, según el historiador belga Pierre Bolle, en un santo muy antiguo, San Racho de Autun, muerto a principios del siglo VII, al cual se le invocaba

¹ El retrato de la Virgen, llevado en procesión por el Papa Gregorio durante la epidemia de Roma en el año 590, hace de la Virgen María la más antigua protectora contra la peste, protección simbolizada por el manto.

² La palabra taumaturgo proviene del griego θαυμα, θαυματος (thauma, thaumatos, maravilla) y εργον (ergon, obra); es decir, que obraba milagros y cosas maravillosas.

³ La conexión del martirio por sagitación con la peste tiene sentido, pues en la mitología grecorromana, Apolo, el dios arquero, era el protector de la peste, y desde entonces se creyó que la enfermedad llegaba al hombre a través de flechas invisibles.

contra las tormentas, *tempête* en francés. Y de este San Racho, protector de tormentas, parece lógico el paso a un San Roque protector de la peste (tem-pest), más cuando la medicina medieval, como veremos más adelante, atribuía las causas de la enfermedad a la corrupción del aire.

La cronología tradicional considera que San Roque nació en Montpellier alrededor del año 1295 y murió en 1327, aunque posiblemente estas fechas sólo sean aproximadas. En su leyenda se decía que el santo había entregado todos sus bienes y marchó en peregrinación hacia Italia, donde reinaba la peste, y allí atendió a numerosos enfermos y se reportaron diversas curas milagrosas gracias a sus oraciones. En Piacenza contrajo la enfermedad y se le llagó dolorosamente la pierna izquierda. Fue expulsado de la ciudad (también se dice que marchó voluntariamente para no contagiar a los demás) y se recuperó en un bosque, junto a una fuente, gracias al pan que diariamente le llevaba un perro propiedad de un noble llamado Gothardo, que lo cuidó hasta su restablecimiento.

A su vuelta a Montpellier, fue detenido como espía y enviado a prisión, donde permaneció hasta su muerte (16 de agosto) sin revelar su identidad. La leyenda cuenta que en el momento de morir, un Ángel lo reconfortó y una gran claridad inundó la celda, donde se halló una inscripción en letras de oro que decía “*los que tocados de la peste invocaren a mi siervo Roque, se librarán por su intercesión de esta cruel enfermedad*”.

La mención más antigua de su culto se encuentra en los archivos de la ciudad italiana de Voghera, en el año 1391, en una autorización escrita firmada por el Magistrado municipal donde se permitía la organización de un mercado bajo la protección de *Sancti Rochi*. Francesco Diedo contaba que pocos años después, en 1414, mientras se celebraba el Concilio de Constanza y la peste atacaba la región, fue ordenada una procesión pública y que se rezara a San Roque pidiendo su intercesión. Parece ser que la enfermedad cesó de forma inmediata. Su culto fue en aumento y también se acogieron a su protección en el norte de Italia durante la peste de 1477-1479.

Si bien su culto popular se centraba en Montpellier y el centro y norte de Italia, pronto se extendió por la Península Ibérica, Francia, Países Bajos y Alemania. En el siglo XVI, una cofradía de Venecia le dedicó la magnífica *Scuola Grande di San Rocco*⁴ y la iglesia adyacente, donde parece ser que su cuerpo fue llevado a escondidas en 1485.

⁴ En la *Scuola Grande di San Rocco* se encuentran los magníficos lienzos de Tintoretto, y fueron el inicio de una riquísima iconografía dedica al santo.



Imágenes nº 35. Izquierda: San Sebastián. Andrea Mantegna (1480). Musée du Louvre (Paris)



Imagen nº 36. San Roque mostrando el bubón en su pierna izquierda.
Altar de la Iglesia de Saint Roch (Montpellier). Fotografía realizada por Dolors Mateo Pujol (2009)

Para encomendarse a Dios con fervor era necesaria la plegaria, que debía servir para que el santo intercediera y pusiera fin a la tragedia que el hombre no podía evitar. El origen de las plegarias es muy antiguo y se remonta a los primeros siglos de la cristiandad⁵; arraizaron muy rápidamente entre la población y contribuyeron a configurar una mentalidad popular temerosa de Dios y tendente a recurrir a todo tipo de remedios que sirvieran para aplacar su justa ira. A partir de este momento, las rogativas, conjuros y procesiones de carácter penitencial fueron muy frecuentes y se fueron sucediendo por todo el ámbito cristiano, y aún perduran hoy en día.

Sirva como ejemplo el libro de Fray Diego de Céspedes, monje de San Bernardo y prior del monasterio real de la localidad navarra de Marcilla, compuesto en el año 1641 y titulado *Libro de Conjuros*. Uno de ellos estaba dedicado a la peste, *Conjuros contra enfermedades, y peste, y otros males que suelen entrar en algunas casas*: “vestido el Sacerdote con sobrepelliz, y estola, con luz, Cruz, y agua bendita, diga al entrar en la casa, ó a la puerta de ella echando agua bendita: *Pax, et salus huic domui, et omnibus habitantibus in ea, Dominus Iesus Salvator noster, qui pertransit benefaciendo, et curando infirmos, et omnes oppressos à diabolo, qui dedit nobis pacem, quia in ipso speravimus: ipse qui potens est opere, et sermone, et sanare omnes infirmitates nostras benedicat hanc domum, et omnes habitatores eius: tribuat illis pace: salvatem, & liberet eos ab omni languore, infirmitate, lepra, peste, & contagio*”.

A continuación se leía un fragmento del Evangelio según San Juan (IV, 46-54), “*Curación del hijo de un funcionario real*”, y seguidamente se rezaba una oración en

⁵ La instauración de las plegarias se atribuye a San Mamerto, obispo de Viena entre los años 458-474 dC. Esta ciudad sufrió un terremoto, seguido de un terrible incendio y del ataque de lobos feroces que diezmaron la población. Con el fin de conjurar todos estos males, San Mamerto dispuso un ayuno de tres días, logrando el efecto deseado.

la que se pedía la intercesión de la Virgen María para acabar con el mal, y también a San Sebastián y San Roque, *“concede nos famulos tuos quaesamus Domine Deus perpetuamentis, & corporis sanitate gaudete, & gloriose Beate Marie semper Virginis intercessione a presenti liberari tristitia, & futura perfrui laetitia. Da nobis quaesumus Domine piae supplicationis affectum, & pestilentiam, famem, infirmitates, & omnia mala contagia propitiatus averte, ut mortalium corda cognoscant: & te indigante talia flagella prodire, & te miserantes cessare. Omnipotens sempiternus Deus, qui meritis Beati Sebastiani Martyris tui quandam generalem pestem hominibus mortiferam revocasti: praesta supplicibus tuis, ut qui pro consimili peste revocanda, sub tua confidentia ad ipsum confugi nos: suis meritis, & precibus ab ipsa peste, & ab omnibus infirmitatibus liberemur. Subveniat nobis Domine misericordia tua. Intercedenti Beato Rocho Confessore tuo, ut ab eminentibus peccatorum nostrorum periculis mereamur te protegente salvari, & suis precibus ab omni peste & tribulatione liberari”*. Luego, el cura hacía la señal de la Cruz en las paredes de la entrada, mientras exigía en nombre de Jesucristo el cese de la enfermedad: *“effugare pestis, & malum contagium virtute sanctissimae Crucis, per quam Dominus noster Iesus Christus omnia mala à nobis propullavit, & salutem induxit”*.

Después, el cura hacía la señal de la cruz sobre los enfermos que hubiera y sobre los moradores de la casa o del barrio, diciendo: *“in virtute sanctissimae Crucis, per quam Sanctus Laurentius caecos illuminavit, Sanctus Sebastianus pestem consumpsit, Sanctus Rochus plagas contagij depulit, & Sanctus Gregorius mala adversa devicit. Coniuro vos mala inundantia, ne aerem homines, nec vivum aliquod contundatis, sed procul recedite ab his quos Dominus noster Iesus Christus suos salutifero vexillo signavit, & voluit liberos ab omni malo custodire”*. Posteriormente se leía un fragmento del Evangelio según San Lucas (IV, 33-40), *“Curación de la suegra de Simón”* y continuaba el conjuro, ahora en virtud de la Santísima Trinidad, de los siete Ángeles, de los Santos Apóstoles y de los Santos Mártires, Confesores y Vírgenes. Acto seguido se rezaba una oración, se leía un fragmento del Evangelio según San Mateo (VIII, 1-4), *“Curación de un leproso”*, algunos salmos, otra oración, un fragmento del Evangelio según San Marcos (XVI, 14-20), *“Apariciones de Jesús resucitado”*, y llegaba la bendición final: *“Benedictio Dei Omnipotentis Patris, & Filii, & Spiritus Sancti descendat, & maneat super vos, & custodiat ab omni malo. Amen”*.

La procesión más esperada por todos los creyentes era la que ponía fin a la epidemia, y era concluida cantando el ansiado *Te Deum* (A ti, Dios), por el cual se confirmaba que el contagio de peste habían finalizado. Este cántico, también llamado Himno Ambrosiano, pues se atribuye a San Ambrosio de Milán (s. IV), tiene el siguiente texto:

Te Deum laudamus: te Dominum confitemur. Te aeternum patrem, omnis terra veneratur. Tibi omnes angeli, tibi caeli et universae potestates: tibi cherubim et seraphim, incessabili voce proclamant: "Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli et terra majestatis gloriae tuae".

Te gloriosus Apostolorum chorus, te prophetarum laudabilis numerus, te martyrum candidatus laudat exercitus. Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia, Patrem immensae majestatis; venerandum tuum verum et unicum Filium; Sanctum quoque Paraclitum Spiritum.

Tu rex gloriae, Christe. Tu Patris sempiternus es Filius. Tu, ad liberandum suscepturus hominem,

A Ti, Dios, te alabamos, a Ti, Señor, te reconocemos. A Ti, eterno Padre, te venera toda la creación. Los ángeles todos, los cielos y todas las potestades te honran. Los querubines y serafines te cantan sin cesar: “Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos. Los cielos y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria”.

A Ti te ensalza el glorioso coro de los apóstoles, la multitud admirable de los profetas, el blanco ejército de los mártires. A Ti la Iglesia santa, extendida por toda la tierra, te aclama: Padre de inmensa majestad, Hijo único y verdadero, digno de adoración, Espíritu Santo, Defensor.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo. Tú eres el Hijo único del Padre. Tú, para liberar al hombre,

non horruisti Virginis uterum. Tu, devicto mortis aculeo, aperuisti credentibus regna caelorum. Tu ad dexteram Dei sedes, in gloria Patris. Iudex crederis esse venturus.

Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti. Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari. Salvum fac populum tuum, Domine, et benedice hereditati tuae. Et rege eos, et extolle illos usque in aeternum. Per singulos dies benedicimus te; et laudamus nomen tuum in saeculum, et in saeculum saeculi.

Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire. Miserere nostri, Domine, miserere nostri. Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quem ad modum speravimus in te. In te, Domine, speravi: non confundar in aeternum.

acceptaste la condición humana sin desdeñar el seno de la Virgen. Tú, rotas las cadenas de la muerte, abriste a los creyentes el Reino de los Cielos. Tú sentado a la derecha de Dios en la gloria del Padre. Creemos que un día has de venir como juez.

Te rogamos, pues, que vengas en ayuda de tus siervos, a quienes redimiste con tu preciosa sangre. Haz que en la Gloria eterna nos asociemos a tus santos. Salva a tu pueblo, Señor, y bendice tu heredad. Sé su pastor y ensálzalo eternamente. Día tras día te bendecimos y alabamos tu nombre para siempre, por los siglos de los siglos.

Dígnate, Señor, en este día guardarnos del pecado. Ten piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de Tí. En Tí, Señor, confié, no me veré defraudado para siempre.